

III

FLAVIA LA MULATA

El brillante torbellino de la vida de París es de tal modo cegador que á los ojos de los extranjeros pasan como inadvertidas ciertas miserias por ellos entrevistas en los barrios extraviados, en los arrabales de la inmensa urbe que recorren á paso de carga, como si al llegar aquí trajesen contado el tiempo, como si éste hubiese de faltarles para verlo todo. No sucede lo mismo en Londres. Allí la miseria se hace visible por cuanto la pobreza sórdida y degradada se exhibe complacientemente en todas partes, incluso en pleno West End, y marcha de frente codeándose con el lujo.

Es idea generalmente aceptada la de que el altruismo de los ingleses, su abnegación por los indigentes, son extraordinarios. Cierto. Como también lo es que no son pocos en número los que atribuyen un móvil interesado á esa inmensa caridad.

Sea de ello lo que quiera, es lo cierto que en Londres se practica la mendicidad en mucha mayor escala que en el resto del globo, y con verdadera ciencia. No tan sólo hay ejércitos disciplinados, aguerridos tras larga preparación en el arte, no tan fácil como generalmente se cree, de excitar la ajena compasión, sino que existen asociaciones poderosas, clubs de mendigos, donde la

práctica de la pedigüería es elevada á la categoría de culto.

En el año de 1887 el Paupers Club (Club de los pobres), de los escoceses de Commercial Road, era considerado por todos los demás círculos de la misma índole como una verdadera fuerza, y como un acto de imprudencia el hecho de pensar siquiera en oponerse á ella.

En efecto, ese club verdaderamente excéntrico, formado por un conjunto de harapos aristocráticos, hallábase compuesto en su mayor parte por desgraciados montañeses de Escocia que habían desertado sus altas montañas para trasladarse á la metrópoli con el objeto de explotar el altruismo de los favorecidos por la fortuna.

Dirigido por un presidente y dos asesores era el tal club una rica y formidable asociación, constituida con arreglo á estatutos, gozando de un reglamento de policía interior, y de rentas comunes á todos los asociados, resultantes de las contribuciones mensuales. Y era al mismo tiempo una familia, cuyos miembros reuníanse con frecuencia, y celebraban recepciones en día señalado de antemano, y fiestas y banquetes.

En el tiempo de que hablamos, en las reuniones de los socios del Paupers Club no se jugaba tanto como en épocas anteriores, y se fumaba mucho menos. En cambio, y váyase lo uno por lo otro, se hablaba mucho más, con igual circunspección, recato y mesura que puede hablarse en el más elegante de los salones. Una razón, no exenta de delicadeza, abonaba esa abstinencia que costó trabajo imponer, pero que fué impuesta al fin y al cabo; se fumaba poco y se jugaba apenas, porque de algún tiempo á aquella parte asistía á las reuniones del Club una joven adoptada por el mismo.

Dicha joven era mulata, y se llamaba Flavia.

Como el Paupers Club era casi político, y por eso se componía exclusivamente de hombres, la adopción por él de una muchacha parecía, y era en realidad, cosa anormal, y contraria á los reglamentos. Pero ¿para qué se hacen las leyes sino para violarlas? Así lo comprendieron sin duda los miembros de aquella asociación, y en un momento de exaltación y de ternura proclamáronse

padres adoptivos de la pequeña Flavia, abandonada por el verdadero autor de sus días, un desertor del Club.

Los orígenes de este individuo eran un tanto oscuros. De él sabíase que se llamaba Mad en la época en que los hombres de color — él era indio — merecían el apoyo y protección de las personas acomodadas, y que había reclamado su entrada en el Club alardeando de servicios prestados en otros tiempos á un noble laird escocés, hijo de uno de los héroes de la independencia, muerto en la batalla de Culloden.

Se le admitió, claro está, y se portó muy bien como mendigo, realizando cuantiosas sumas á la puerta de la iglesia de San Pablo, aunque malas lenguas aseguraban que el dinero le llegaba de otra parte, de cierta lady rica, cuyos favores había conseguido.

Eso que al principio no era más que un rumor, fué tomando consistencia, y la realidad de esas relaciones quedó en breve confirmada en absoluto. Más aún, y más extraño; el mismo día en que la lady tomaba el tren para trasladarse á Brighton, donde se proponía pasar una temporada, una mano desconocida depositó á la puerta del Paupers-Club á cierta infeliz mulatita recién nacida; y Mad, renegando á un tiempo mismo y con igual indiferencia de su misión de padre y del juramento prestado como socio-mendigo del Club, se embarcaba con dirección á la India acompañando al marqués William d'Albany, al cual debía servir de guía en aquellas regiones. Al proceder de este modo Mad contravenía á lo dispuesto en el reglamento de la hermandad, según el cual ningún adherente podía alejarse de Londres ni renunciar á las costumbres y provechos de la mendicidad, sin autorización expresa para hacerlo.

La traición era manifiesta. Sin embargo, los antiguos compañeros de Mad, escuchando tan sólo la voz de su corazón, adoptaron á la pequeñuela, y la hija del indio culpable quedó reconocida y proclamada como pupila del Paupers-Club.

Fué esta una buena acción que recibió su recompensa.

Flavia, sin saberlo, sin darse siquiera de ello cuenta por efecto de su tierna edad, fué algo así como una pro-

videncia para la caja social. Los mendigos socios la sacaron á la calle, en cuanto pudieron hacerlo, y la vista sola de la criaturita, trocando en conmiseración la indiferencia de los paseantes, fué causa de que diariamente ingresaran en caja sumas hasta entonces reputadas inverosímiles por su cuantía. Dijérase en verdad que la pequeñuela del rostro bronceado atraía y era causa de que en ella se fijasen las miradas de todos los hombres, como su padre, el hermoso indio desertor había logrado recibir las de todas las mujeres.

¿Qué de particular, con tales precedentes, que la mulata afirmase su autoridad en la asociación á medida que aumentaba en años y en belleza, y que llegase á ser reina en la misma, no sólo por el cariño que sus súbditos le profesaban, si que también por agradecida admiración de que la rodeaban los pobres?

La belleza de Flavia acentuábase con los años y con ellos se manifestaba al mismo tiempo el gusto de la muchacha por la independencia.

Y sucedió que un día, mejor dicho, una noche en que había reunión en el Club, siendo numerosa y baillante la concurrencia, alguien hubo de observar que Flavia se ausentaba con frecuencia. No faltó luego quien la encontrase llorando y la noticia de penas desconocidas en el alma de la muchacha llenó de inquietud á los mendigos, que no ignoran qué es lo que piensan las muchachas cuando vierten lágrimas cuyo origen nadie conoce. Los más jóvenes se lo decían unos á otros al oído, y los viejos callaban, moviendo consternados las blancas cabezas.

¿Cómo era posible que Flavia amase á alguien, fuera de su familia de adopción? Si tal amor oculto existía, era una calamidad pública; pero una calamidad que todos se hallaban dispuestos á soportar sin quejarse, y aun á favorecer la causa de ella por todos los medios posibles. Fuese la chica dichosa y todos estarían contentos. Para el Paupers-Club, por gratitud y por cariño, la felicidad de Flavia era lo primero de todo.

Adviértase que nadie estaba seguro de que las lágrimas mal disimuladas por la mulata fuesen producidas por penas de amor. Sin embargo, como deber de la

paternidad es vigilar en las hijas los primeros movimientos de ese órgano llamado corazón, el presidente se creyó en el caso de convocar á los más notables entre los numerosos tutores de la chica, y aun á ella misma, para que explicase los motivos de su pena y de la actitud por ella observada, actitud que era causa de la general consternación.

Tomaba pues la asamblea carácter de tribunal de familia, y ante él, ante sus jueces naturales, debía comparecer la que tenía indiscutible derecho á reclamar una corona, aunque fuese de trapo, si todos aquellos pobres diablos hubieran sido bastante orgullosos para darse el lujo de tener, como lo tenía el país, un monarca con faldas.

Para dar al acto la solemnidad debida, la sala fué decorada, por primera y única vez, con cierto lujo, y ¡ cosa verdaderamente estupenda! los concurrentes se presentaron con los trapitos de cristianar, vistiendo sus mejores galas, magníficos, dignos en fin de figurar en aquella indiscutible solemnidad.

Sentados en la gradería que formaba anfiteatro, esperaban los adherentes que comenzara la sesión; pero no como esperan los modernos parlamentarios, hablando á gritos, interpeándose de banco á banco y armando un ruido de todos los diablos, no, sino recogidos, silenciosos, como si se hallaran poseídos de temor ó de tristeza.

Abrióse de pronto la puerta del fondo y en el marco de la misma apareció el presidente, seguido de sus asesores, quienes avanzaron tomando asiento en torno de una mesa oblonga.

Momentos después todos los concurrentes se levantaron. Acababa de entrar Flavia, conducida por uno de los adherentes. La cara de la joven reflejaba la tristeza mortal de su alma, y su traje, sencillísimo, hacía singular contraste con la elegancia un tanto grotesca de los demás concurrentes.

Tomó la palabra el decano:

— Flavia — le dijo — ya sabe usted cuánto la queremos aquí todos, y no es posible que dudé de la sinceridad de nuestros deseos de que sea usted completamente

feliz, todo lo feliz que se puede ser en el mundo. Pero usted está triste, mortalmente triste, y lo que es aún más extraño para nosotros, parece así como si le repugnara ocupar el sitio que le hemos designado á la entrada de Hyde-Park. ¿ Quiere usted decirnos cuál es la causa de tan súbito cambio en sus costumbres y conducta, cambio que aflige profundamente á todos nosotros, es decir, á todos sus amigos?

La mulata bajó los párpados, y no contestó una sola palabra.

Multiplicáronse las preguntas, llovieron los llamamientos, hechos unas veces á sus recuerdos, dirigidos otras á los sentimientos, que le suponían todos, de gratitud, y enderezados algunos al afecto que era natural profesara á sus protectores. Todo fué inútil. Ella permaneció inexorable, inmóvil y muda.

La asamblea parecía consternada. Algunos de sus miembros, los más impetuosos, mostraban ya deseos de hacer ostensible su disgusto, cuando de pronto enderezó Flavia, dispuesta en fin á contestar.

— Amigos míos, hermanos míos, — dijo — sabed que mi conducta no tiene excusa, como mi mal no tiene remedio. Dejadme, abandonadme... ¡ Soy demasiado desgraciada!

Las paabras desesperadas de Flavia emocionaron á todos los oyentes, cada uno de los cuales sintióse invadido de profunda piedad, viendo cómo las lágrimas rodaban por las mejillas de la joven. El presidente, que era como el patriarca de aquella numerosa familia, se acercó á Flavia y tomando y acariciando una de sus manos le habló de este modo:

— Niña, queremos saber cuáles son las penas que te afligen. Vamos á ver, ¿ qué tienes? ¿ Qué es lo que se agita en el fondo de tu corazón?

— Una tormenta.

— ¡ Es posible! ¿ Una tormenta, dices?

— Si, algo extraño, inaudito, terrible... ¡ Ah, perdónadme y compadecedme, y sabed en fin que estoy enamorada! ¡ Enamorada de un lord!... ¿ Veis qué locura?

La explosión que esperaba Flavia como consecuencia

de sus revelaciones no estalló; la sorpresa del auditorio se tradujo en un silencio imponente.

— ¡ De un lord! — repitió el presidente como hablándose á sí mismo. — La ley de herencia que se manifiesta una vez más. El padre, indio, enamorado de una lady, y la hija de ambos...

Flavia, que sin duda no lo había oído, continuó confesándose.

— Comprendo que debe pareceros audaz y ridícula y temeraria esta inclinación irresistible de una mendiga hacia un noble; también me lo ha parecido á mí y he hecho cuanto he podido por combatirla. ¿ Sabéis lo que he conseguido? Hacerla aún más fuerte, más poderosa, más inquebrantable. ¿ De quién he heredado yo este fuego interior inextinguible, que me devora? No lo sé. Pero tengo la seguridad de que he de ser, gracias á él, la más infeliz, la más miserable de las mujeres. Porque lejos de ese hombre, que es mi amor, la vida se hará para mí imposible, de todo punto imposible.

— ¿ Le has hablado alguna vez? — preguntó el presidente.

— ¡ Nunca! como tampoco he mendigado nunca delante de él.

— ¿ En ese caso no te conoce... no te ha visto nunca?

Al contrario, me conoce muy bien porque me ha encontrado infinitas veces en su camino cuando va á pasear á caballo por las avenidas de Hyde-Park. ¿ No comprendéis esto, verdad? Bueno, pues escuchadme hasta el fin y no me maldigáis cuando os entere de todo lo que puede imaginar, como recursos para llegar á sus fines, el amor, sobre todo si es el orgullo quien le acompaña. Ya hace algún tiempo que cuando regreso por las tardes, cuento lo que he recogido durante el día. Si la suma ha sido buena, me despojo de mis harapos, de mi librea de miseria, peino y perfume mis cabellos, visto una amazona, y envuelta en un manto corro hasta un picadero cuyo dueño me cree una rica excéntrica y me alquila un buen caballo y un groom mediante el producto de mis economías cotidianas. A partir de ese momento, — ya veis que no os oculto nada — es tal la ambición

que de mí se apodera, que me olvido en absoluto de que soy la pupila del Paupers-Club. Orgullosa, arrogante, magnífica, dándome aires de mujer de mundo, llego á persuadirme de que soy miss Flavia, una rica heredera, y así creyéndolo, hago caracolear mi caballo por las avenidas de Hyde-Park. Así es como puedo mirarle cara á cara, sin temor á que la vergüenza coloree mis mejillas, cada vez que pasa por mi lado lord Yarmouth. Ese es el nombre del que amo, el más hermoso, el más apuesto caballero del reino. El me ve, me saluda, y hasta me sonríe... ¿ Os parece que pago demasiado caro lo poco de dicha que de ese modo obtengo?... Ahí tenéis la historia de mis ausencias, de mi desconsuelo. Devolvedme por favor mi libertad, pero sin repudiarme por eso; devolvédmela, porque tal es mi locura que capaz me siento de cometer acciones que lleguen á deshonraros de rechazo.

El presidente, que como todos los demás, la escuchara sin interrumpirla, creyó llegado el momento de intervenir.

— Hija mía, — exclamó — aseguran que la noche es buena consejera. Vuelve aquí mañana por la mañana para conocer tu suerte. Nosotros habremos ya deliberado y aun tomado acuerdos.

— Sea; — murmuró Flavia inclinándose. — Poco importa una noche más de sufrimiento á quien ha pasado ya tantas otras.

En la mañana del siguiente día el lleno en la sala del Paupers-Club era tan completo como lo había sido la víspera, y los circunstantes se mostraban aún más atentos, más silenciosos, que el día anterior. Hubiérase dicho que cada uno de ellos anhelaba la presencia de la joven mulata, del ídolo, para saciarse en su contemplación, temerosos de perderla para siempre.

La entrada de la joven provocó frenéticos ¡vivas!

Flavia recibió con cierta extrañeza aquella ovación, porque en verdad no la esperaba; pero su estupor llegó al colmo cuando oyó al viejo presidente pronunciar con cariño estas palabras:

— Miss, el tribunal de familia ha convenido en que vuestro porvenir está por encima de toda otra consideración.

30143

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEX.

ración, decidiendo al mismo tiempo obtener la dicha para vos por cuantos medios estén á su alcance, aun cuando sea al precio del bienestar general de la Sociedad, que es bien poca cosa comparado con vuestro propio bienestar, y aun cuando hayamos de recurrir á una separación que ha de sernos dolorosa. Queremos, sin embargo, no tener que arrepentirnos un día de nuestro sacrificio; y esto sucederá inevitablemente en el caso de que vuestro corazón se haya equivocado, si el hombre por vos escogido resulta indigno de vuestro amor, como lo sería en el caso de que, abusando de vuestra juventud, que lleva aparejada la inexperiencia, y aprovechándose de la relativa soledad en que os deja la ausencia de vuestra madre, exigiese de vuestro candor — y perdonarnos esta advertencia — favores que una mujer no debe más que á su legítimo esposo. Exigiremos pues de vos un juramento, miss; vais á jurarnos que nunca, en ningún caso, cederéis á fuerza alguna moral ó material que os obligue á tocar á los bienes de lord Yarmouth antes de que tengáis el derecho de llevar el título de lady. He ahí nuestra única exigencia. Si la formulamos es porque una falta como esa que tratamos de evitar, llevaría consigo no tan sólo la pérdida de nuestro honor, del de todos nosotros, si que también la desgracia de toda vuestra vida... ¡Jurad!

Por las mejillas de Flavia rodaban silenciosas las lágrimas, provocadas por el espectáculo de la desinteresada afección de que era objeto, y que ella no creía tan profunda. Sentía dejar á aquella buena gente; pero hallábase dispuesta á todo para sacar triunfante su pasión; amaba con toda su alma, y el amor es ciego.

Prestó pues el juramento que se le imponía, y apenas hubo terminado, vió con sorpresa que todos los presentes desnudaban sus cabezas saludándola respetuosamente, ni más ni menos que si fuese una princesa de la sangre. El presidente tomó de nuevo la palabra para decirle:

— Habéis de saber, miss Flavia, que desde este momento sois más rica de lo que soñasteis hasta ahora, pues que sois la heredera única del Paupers-Club cuyos miembros, en cambio de su donación, sólo os piden una

gracia; la de poder inclinarse con respeto al paso de vuestro coche. Sabed además que nos consideraremos bien pagados de nuestro sacrificio si logramos ver en vuestros labios, la grácil sonrisa que los animaba antes.

Hizo un signo el anciano y dos jóvenes mendigas, vestidas con el traje propio de las camareras de casa grande acercáronse á la mulata murmurando tímidamente:

— Estamos al servicio de la señorita; aquí tiene el traje que encargó esta mañana.

Y esto al decir presentaban una caja grande de cartón, de la que desbordaban cintas y tela de seda y terciopelo.

Tras ellas llegaron tres mendigos de la sociedad, nombrados por esta respectivamente ayuda de cámara, cocinero y groom, y equipados para el desempeño de sus funciones. Todos saludaron á su nueva dueña con esta frase:

— Estamos al servicio de la señorita.

Un lacayo, con uniforme galoneado, adelantóse á su vez y tocando con la enguantada mano el borde del reluciente sombrero de copa exclamó:

— La victoria de miss está enganchada.

— Sin duda estoy soñando, — pensaba la pobre Flavia cuya cabeza daba vueltas lo mismo que una devanadera. — O sueño ó me he vuelto loca. ¡Yo á la cabeza de un ejército de criados, y propietaria de un coche, y de toaletas suntuosas! ¡Qué disparate! eso es que aun estoy bajo la impresión de mis sueños de grandeza.

— Ese sueño puede durar toda vuestra vida con sólo que sepáis seguir siendo digna hija del Club de los Pobres de Commercial-Road, — murmuró una voz á su oído.

Iba ella á volverse para ver quién le hablaba, cuando un señor de grave aspecto y severo traje se le acercó respetuosamente presentándole una maravillosa cartera repleta de billetes del banco.

Flavia, sin atreverse á tocarla, balbuceó:

— ¿Quién es usted?

— El administrador de Vuestra Gracia; — contestó el

hombre de severo aspecto. — ¿Acaso he tenido la mala suerte de desagradar á la señorita, pues que ella no reconoce á su viejo y leal servidor?

La voz de aquel hombre sonaba en los oídos de Flavia como voz que se conoce ya de tiempo: pero en vano buscaba un nombre, entre sus recuerdos, para bautizar con acierto á su interlocutor. No daba con él.

— ¿Y qué me trae usted en esa cartera? — preguntó, por decir algo.

El hombre grave sonrió discretamente.

— Vuestra Gracia bromea sin duda, replicó: — Le traigo las veinte mil libras que hizo pedir esta mañana á su banquero Monsieur Perkins.

Llegó en esto el momento de la separación. Todos los presentes, riendo á través de sus lágrimas rodearon al ídolo, deshaciéndose en saludos, dando consejos y haciendo protestas de admiración y de cariño. Profundamente emocionada, Flavia fué despidiéndose uno por uno de todos sus antiguos compañeros. Y cuando hubo cesado el tumulto que provocara aquella explosión de sentimientos, el primer asesor, en sustitución del presidente que habíase retirado tal vez para esconder su dolor, volviósse hacia la joven mulata y le habló así:

— Niña, no olvidéis nunca que os ha hecho rica la voluntad de los pobres; éstos os seguirán siempre para protegeros, para defenderos y para servirlos. Acordaos especialmente del juramento prestado; vuestro honor es el honor del Club, y la pérdida de aquel ocasionaría irremisiblemente la desaparición de este. Guardadle pues, como el más preciado de los bienes. ¡Adiós! ¡Ojalá seáis tan admirada y querida en todas partes como aquí os hemos querido y admirado!

— ¡Adiós, Flavia! — repitió la asamblea. — ¡Mil felicidades!

Vistiósse enseguida la joven las galas que le presentaron sus camaristas, y en triunfo fué acompañada hasta el coche con gran admiración de los curiosos que jamás asistieran á semejante espectáculo en Commercial-Road.

— ¿Dónde llevaremos á Vuestra Gracia? — preguntó el lacayo.

Y como la mulata, sorprendida, no sabía qué contestar, el intendente se apresuró á decir:

— A su hotel de Pall-Mall.

Los cascos de los soberbios caballos de pura raza inglesa arrancaron á las piedras de la calle multitud de brillantes chispas, poniendo en movimiento la victoria, que rodó hacia el aristocrático West-End.

En el momento en que Flavia se arrellanaba en los blandos almohadones del coche, y al oír la orden dada al lacayo por el intendente, dióse la joven un golpe en la frente con la mano, como si alguna idea luminosa acabara de hacerse luz en su cerebro...

— Ya decía yo que la voz de mi administrador me era conocida... Como que es el presidente... ¡El presidente del Club en persona!

Y apoyado el codo en el reborde del asiento, miraba, sin verlo, el desfile de las casas de Cornill y de Cheap-side. Casi se arrepentía ya de haber confiado á sus bienhechores el secreto de sus ensueños. Pensaba en efecto que fuera cual fuese la posición que en adelante ocupara en el mundo, aun contando con el amor de un lord, había de serle difícil, por no decir imposible, reemplazar la afección grande y sincera de que la habían rodeado en el Paupers-Club.

De tal modo llegó á obsesionarle esta idea que á punto estuvo de ordenar que volviese el coche á Commercial-Road; pero la pasión que la minaba y algo como una especie de vergüenza hiciéronle rechazar tan acertada idea. Y lo mismo que César, al pasar el Rubicón, hubo de lanzar su famoso *¡Alea jacta est!* Flavia se dejó conducir al barrio aristocrático por excelencia, instalándose enseguida en su hotel de Pall Mall.

Nadie puede evitar la suerte que le está destinada. El presidente del Paupers-Club hubo de hablar á Flavia como un verdadero padre de familia; pero existe por desgracia una edad en que es tan profunda la confianza que en sí mismos tienen todos los individuos, que para dudar de ella se precisan enseñanzas distintas de las que puede ofrecer la vejez. Y sucede generalmente que la primera lección que la experiencia da á las muchachas dueñas de sus actos, es, en la mayor parte de los casos, cruel en demasía.

Flavia tuvo ocasión de comprenderlo.

Decidida á aprovecharse de su nueva situación para llamar la atención de lord Yarmouth y hacer que éste pidiese su mano, no descuidó medio ni ocasión de encontrarse, como por casualidad, en el camino del noble, lo mismo en los paseos, que en los salones y teatros que el mismo frecuentaba.

Gracias al ejército del Club, cuyo poder era indudable y enorme, ante ella se abrían todas las puertas; su nombre, es verdad, no evocaba idea alguna de nobleza; pero como su fausto dejaba bastante atrás al desplegado por muchos nobles, sucedió lo que debía suceder, esto es que la atención general se fijó en ella.

Para unos era « la hermosa Flavia », para otros « la bella extranjera » porque unos admiraban en primer término su belleza y otros se hacían ante todo lenguas de su lujo; pero nadie permitíase la menor alusión al color de su piel. El epíteto de mulata habría parecido á todos un insulto.

Hubo un momento en que lord Yarmouth se extrañó de que no le fuera posible salir de su casa sin encontrarse cara á cara con la rica desconocida de la que todo el mundo ignoraba la procedencia, sin perjuicio de lo cual habíase convertido en brevisimo tiempo en una de las más brillantes estrellas del cielo de Londres. Pero la extrañeza del noble duró poco. Habiendo seguido la dirección de las miradas de la joven sin familia hubo de percatarse de que era él el objeto de la curiosidad y tal vez de algún otro sentimiento más íntimo de la hermosa extranjera.

Como es natural, lord Yarmouth no dejó de sentirse satisfecho de tal distinción; y como Flavia era una belleza, y parecía ocupar una elevada posición en la sociedad, no faltándole por ambas razones suspirantes más ó menos sinceros, el noble lord consideró digna de él aquella conquista; y esta le pareció tanto más fácil cuanto que creía ser él el solicitado, si bien en la forma decorosa y digna que el pudor y el recato imponen en casos tales á las mujeres.

Yarmouth era un inglés eminentemente práctico.

Comenzó á hacer la corte á Flavia, tarea facilísima con

una joven que sólo deseaba dejarse persuadir y que no sospechaba que hubiese diferentes maneras de amar. Menudearon las visitas, y las incipientes relaciones marchaban con la deseable corrección hasta que llegó un día en que cansado de la inocencia de la mulata, para cuya felicidad bastaba un apretón de mano, y apasionado él á su vez por el engranaje de la pasión, aunque en su forma menos leal, decidió el joven lord á Flavia á que aceptase una cita en cierta casa de campo de North-Hill, por él alquilada con este objeto, para no ser molestado ni por sus propios servidores ni por los de la mulata.

Confianza en el honor del hombre á quien ella amaba y no obstante el consejo transparentísimo que le diera el presidente del Paupers-Club, Flavia, que no sospechaba que bajo el frac del hombre de mundo pudiera esconderse un criminal, salió secretamente de su hotel una noche, y se hizo conducir á la casita de North-Hill.

En ella había preparado el joven lord, que conocía todas las triquiñuelas del oficio donjuanescó, una delicada colación. Ambos hicieron honor á los manjares; y cuando Flavia observó que su amado frotaba sus manos alegremente después de haber bebido ella una copa de champaña, tuvo como una intuición de que acababa de cometer una imprudencia, y quiso buscar la salvación en la huida. Demasiado tarde. El vino que bebiera contenía un violento narcótico, los efectos del cual se manifestaron enseguida en términos tales que la mulata no tenía fuerzas para luchar, como lo pretendiera, contra el sueño que la anonadaba por momentos.

Cuando Flavia recobró el sentido hubo de experimentar violento dolor que llevó á su ánimo el convencimiento de que la realidad era aún más horrorosa de lo que fuera lo que á ella habíale parecido una horrible pesadilla.

Estaba, además, sola. ¿Qué hacer? Incapaz de tomar una resolución en tales momentos, limitóse á huir de aquella casa maldita y á emprender á pie el camino de Londres, llena el alma de amargura y el corazón plétorico de odio.

Grande fué su sorpresa cuando llegada frente á su hotel

no vió luz alguna en las ventanas. ¿Qué significaba aquella obscuridad? Angustiada por el presentimiento de una nueva desgracia, olvidándose de llamar, empujó la puerta de entrada que quedó entreabierta con la sola presión de su mano débil. Detrás de la misma, en una hondonada de la pared brillaba una lámpara. Apoderóse de ella Flavia, y como una loca recorrió toda la casa, visitando hasta las boardillas sin encontrar alma viviente: vacío estaba el hotel; el personal había desertado en masa.

Llegada por fin á sus habitaciones particulares corrió la joven á su escritorio de ébano, en el fondo negro del cual le pareció al entrar haber distinguido algo blanco: un papel tal vez...

Era en efecto una carta, escrita en papel orlado de negro.

La carta decía así:

« Habéis quebrantado vuestro juramento entregando á un ladrón de honras nuestra sola gloria, nuestra única esperanza. El último acto del Consejo ha sido decidir la disolución del Club por causa de deshonora. »

No autorizaba aquel documento firma alguna: pero ella no era necesaria para que Flavia reconociese su procedencia, que no podía ser otra que la del Paupers-Club, que la había rodeado de lujo, proveyendo además á todas sus necesidades y pagando el personal.

Anonadada, sacudido el pecho por hondos sollozos, dejóse caer la joven sobre la cama, sucumbiendo al peso de un dolor tanto más vivo cuanto que el mal no tenía remedio alguno.

¡Qué horrible realidad! Ella, la hija de un renegado y de una esposa adúltera, ella cuya vida entera habría debido ser consagrada al servicio y al amor de aquellos que por puro afecto la acogieron en su seno, adoptándola, acababa en cambio de desesperarles, de hacerles cruel daño, de sumergirlos en la desesperación por obra de su propia desgracia, de su propia y personal vergüenza. Ella era la causa eficiente de la disolución del Paupers-Club, ella, la extranjera por quien todos los asociados hubiesen dado gustosos el último pedazo de su pan cotidiano.

Entregada á estos lancinantes pensamientos, Flavia veía pasar las horas una tras otra sin pensar ni por un instante en procurarse un poco del descanso de que tan necesitada estaba.

Hundida la cabeza en la almohada que empapaba con sus lágrimas, atarazado el cuerpo por el dolor físico y el cerebro enloquecido por la pena, hubo de pasar el resto de la noche ocupada en juzgarse á sí misma, en establecer la lista de sus remordimientos.

Pero en cuanto despuntó el alba, enderezóse diligente; una idea acababa de germinar en su cerebro, y se imponía en él, imperiosa, tenaz. En sus ojos, hinchados por el llanto, brilló el relámpago precursor de las grandes cóleras. La que acababa de erguirse no era la jovencita inexperta de la víspera, la inocente enamorada, el juguete frágil de que se sirviera á capricho é impunemente un noble lord. Corría en fin por sus venas la sangre de su padre, la sangre del odio secular y hereditario del indio contra el inglés, la sangre de las venganzas taimadas del débil contra el fuerte.

Habiendo adoptado de pronto una resolución enérgica, inquebrantable, la joven dió tregua á su dolor. Veinticuatro horas de tiempo, nada más que veinticuatro, y ella sería Lady Yarmouth ó estaría vengada.

Comenzó por bañar en agua fresca su frente abrasada, hecho lo cual procedió con calma, minuciosamente, á todos los detalles de su toaleta, deseosa de no omitir ninguno de los que pudieran facilitar su triunfo. Luego bajó á la cuadra, ensilló su caballo y salió á dar su acostumbrado y matinal paseo.

La primera persona con quien tropezó en el parque fué lord Yarmouth, quien intimidado por la presencia de la joven, avergonzado sin duda, pretendió alejarse afectando no haberla visto.

Ella le abordó.

— ¿Qué cara es esa, querido lord, y por qué huye usted de mí? — le preguntó. — Cualquiera pensaría que anoche me conduje mal con usted. Tal vez hubo algo de eso. En todo caso, como yo no tengo la culpa de que el champaña de usted se suba de ese modo á la cabeza, supongo que á partir de este momento va usted á mos-

trarse conmigo tan galante como lo estuvo los días anteriores.

El hombre, estupefacto, no daba crédito á lo que oía.

— ¡Enhorabuena! — exclamó repuesto un tanto de su sorpresa. — Veo que es usted una muchacha juiciosa, que sabe tomar las cosas como ellas son, sin darles más importancia de la que tienen. Figúrese usted, hermosa Flavia, que yo estaba creído de que me iba usted á armar un escándalo... Decididamente, hay que convenir en que no soy un gran fisonomista.

— Armarle á usted un escándalo... ¿Y porqué, á santo de qué? — interrogó la criolla afectando ignorar el atentado de que fuera víctima. — Repito que confío en su galantería, y de ella me prometo que esta noche no me deje usted sola en la casa de campo de North-Hill.

— ¿Esta noche? — repitió el lord cada vez más sorprendido.

— ¿Por qué no? Sólo que hoy soy yo quien paga el champaña.

Si esto último era una alusión á la bebida soporífera de la víspera, el lord no lo comprendió. Hallábase demasiado satisfecho su amor propio por el sesgo que las cosas tomaban, y la perspectiva de satisfacer más cumplidamente su capricho absorbíale hasta el punto de que por nada en el mundo hubiese dado una excusa para substraerse á aquella segunda cita que le llovía del cielo cuando él menos la esperaba.

Encontráronse pues ambos por la noche en la casa de North-Hill, un tanto alejada de toda otra habitación y á la cual, mirando sólo á la comodidad de sus amorosos devaneos el joven lord no había llevado nunca ningún doméstico.

Como si fuesen dos tórtolos de la clase baja, cada uno de ellos habíase provisto de diversas vituallas, que juntas luego sobre la mesa, daban á esta un aspecto muy presentable.

La cena fué alegre. Tanto más alegre cuanto que la mulata se manifestó locuaz y en posesión de un verdadero talento natural que su enamorado compañero admiró sin reservas, llegando hasta á sentirse verdaderamente orgulloso de su conquista.

Hallábanse ya en los postres, y Yarmouth, después de hacer saltar el tapón de una botella de espumoso vino llevada por la mulata, escanciaba desde alto, cuando el semblante de ella se contrajo de modo manifiesto.

— Una palabra, milord, dijo con voz triste, tocando ligeramente el brazo de su compañero. — Aquí donde usted me ve no he cometido en mi vida más que una sola falta: la de haber amado á usted hasta el olvido de mí misma... Milord, ¿quiere usted devolverme el honor, y para ello darme su nombre?

— ¿Pero qué es eso, hermosa Flavia? Aun no hemos bebido y ya pierde usted la cabeza? — dijo él, sorprendido de veras. Y luego, riendo sin reservas, añadió con brutal crudeza: — ¿No comprende usted que una mujer de color de canela no puede llamarse milady Yarmouth? No, amiga mía, no; ¿qué dirían los pares de Inglaterra? Lo menos, lo menos me acusarían de haberme casado con una reina Pomaré ó Ranavalo... ¡No, por Dios, eso ni en broma!

El semblante móvil de la bella Flavia cambió nuevamente de expresión. Acababa de ofrecer el indulto á su compañero, y éste lo había rehusado. Alzando pues la copa, y sonriendo divinamente:

— A nuestro amor libre — dijo — corto pero bueno. Conste, milord, que no he de amar á nadie más que á usted, y que moriré soltera.

— ¡Y yo soltero! — replicó lord Yarmouth lanzando sonora carcajada.

Nunca predicción alguna fué seguida de más rápida confirmación.

Bebió el joven su copa de un solo trago y al punto se contrajeron sus miembros; el veneno que acababa de absorber producía su efecto; pero mayor fué el que le produjo la aparición de la cabeza de Medusa, que creyó ver sobre los hombros de Flavia que se había puesto en pie violentamente.

El noble comprendió. Juntáronse sus manos, como en demanda de perdón, y aunque quiso hablar, ni el más ligero rumor salió de su garganta contraída, seca. Un segundo después se desplomó, rodando su cuerpo bajo la mesa.

Acaba de cumplirse la justicia de Flavia la mulata.

¿Podía alguien acusar á ésta de asesinato? Nadie. Nadie podía asegurar haberla visto entrar en la casa de campo ó salir de ella. Segura de la impunidad, la hija del indio atravesó Londres sin detenerse en su hotel, llegó á Douvres, se embarcó allí desembarcando dos horas más tarde en Caláis y ya no se detuvo hasta París donde algunos días más tarde, y bajo los auspicios de Sabiniana de Closmesnil, su primera amiga, hizo su entrada en el mundo de la galantería.

¿Quiere esto decir que Flavia adoptase por gusto tan miserable género de vida? De ningún modo. Por el contrario, se lo impuso como castigo, castigo tanto más terrible cuanto que la joven mulata era en extremo orgullosa; tanto más infernal cuanto que habíaselo impuesto como penitencia de su perjurio en lo prometido á aquellos que habían tenido que sufrir por culpa suya.

Corrección poco común y penitencia superior á la falta cometida : es evidente, puesto que en realidad Flavia no era más que una víctima. Pero es de saber que poseía uno de esos caracteres exaltados que no pueden proponerse un término á sus empresas sin ir en ellas más allá : por eso, para castigarse en su orgullo, en su soberbia, en su repugnancia, habíase condenado bravamente, como una mártir, á ejercer el más abyecto de los oficios, hundiéndose voluntariamente en el fango impuro del lamedal humano.

¿Qué esperaba ella de su caída? Nada. Ni remisión ni regeneración. Juzgaba con excesiva severidad su conducta ligera, y no creía por lo tanto llegar á perdonarse un día. Y como la vida galante, suplicio por ella inventado, la obligaba á soportar á cada momento nuevos sabores y nuevas repugnancias, ofrecía, como los antiguos mártires sus sufrimientos en holocausto al recuerdo de sus antiguos protectores y economizaba cuanto dinero podía, con la sana intención de reembolsar al Paupers-Club, más tarde ó más temprano, las sumas gastadas con ella para que realizase su loco ensueño.

Tal era Flavia la mulata. Tal era la mujer amante pero intrépida, rencorosa y tenaz contra la cual se iba á ver el

carnicero de mujeres en la necesidad de defenderse.

La fogosa actividad de la sangre de la mulata, que desde algún tiempo antes permanecía en la inacción, necesitaba á toda costa un derivativo. Y he aquí que en aquel preciso momento se presentaba como tal el doble asesinato de Sabiniana de Closmesnil su primera amiga, y de Julieta la Camarona, su compañera de la víspera.

Cuando Flavia se enteró de que la policía era impotente para dar con el criminal, un grito se escapó de sus labios : el mismo que lanzara en la mañana de su primera decepción ; « veinticuatro horas, nada más que veinticuatro, y habré encontrado al asesino. Después ya veremos. »

Por tres veces distintas creyó Flavia reconocer en el baile de la Opera al Americano de Folies-Bergères, y otras tantas hubo de rendirse á la evidencia y confesarse su error al descubrir á su compañero de cena en el hotel Julián bajo el rojo antifaz que cubría el rostro del Kadjar, del Bajá de Janina y del Cristal-Dagger.

Grande había sido su decepción, pero no tanto que la obligase á abandonar la lucha. Esa extraña coincidencia que apuntada queda, lejos de desanimarla, aumentó por el contrario sus sospechas. Dióse á seguir, como si fuera su propia sombra al último de los tres hombres de antifaz rojo con quien se encontrara, y gracias á esta sabia precaución pudo por fin ver cómo los tres reuníanse en el vestuario para abandonar enseguida y juntos el teatro.

Cuando los vió separarse ante el Café Americano tuvo como la intuición de que uno de ellos, el que se dirigía hacia la calle de Luís el Grande, iba á un restaurant del mercado donde le sería fácil encontrarle, y fué entonces cuando exclamó :

— ¡Sí, sepárate, americano, triple demonio, cobarde asesino de mujeres! Aunque fueras ciento, aunque fueras mil, la mano de Flavia la mulata, arrancándote el corazón sabrá vengar tu último crimen.

Y añadió enseguida, lanzándose tras los que se iban por la Chaussée-d'Antin.

— Esos van á recogerse... Sepamos primero dónde está el cubil; luego daremos con la fiera.